

Díálogos

Pedro Pablo Paredes: entre la enseñanza, la literatura y el periodismo

Ildelfonso Méndez Salcedo*

Universidad Nacional Experimental del Táchira

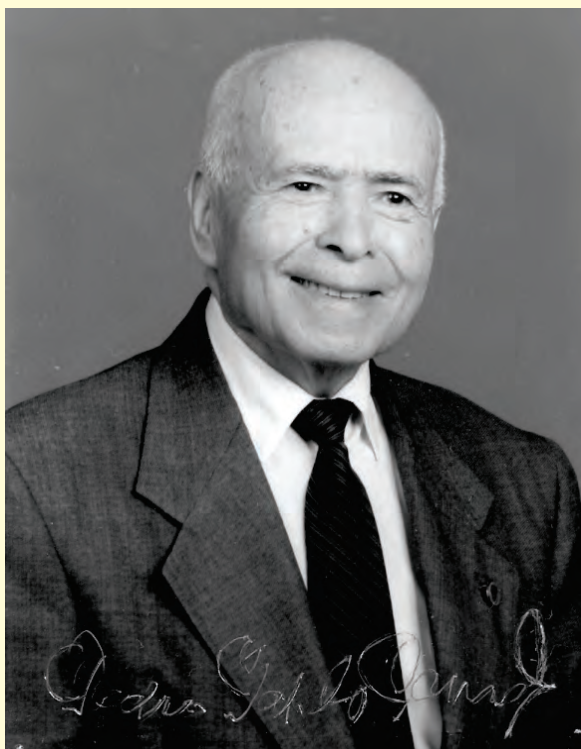
Pedro Pablo Paredes (1917-2011) es uno de los escritores más notables de los Andes venezolanos: está vinculado físicamente y espiritualmente con la tierra trujillana, la merideña y la tachirense. Aunque fue en San Cristóbal, donde se formó como maestro y comenzó su quehacer intelectual, donde fijó su residencia, después de ejercer el magisterio en varios pueblos y ciudades del país. Son pocos los escritores que se han compenetrado, tan estrechamente, con el medio geográfico y cultural en el que nacieron, como lo hizo Paredes. Su libro, *Emocionario de Laín Sánchez*, es la mejor carta de presentación para un escritor venezolano, sea éste, trujillano, merideño o tachirense, o que, como en su caso, pertenezca por igual a esas tres jurisdicciones.

Desde mi juventud seguí con atención la trayectoria de Pedro Pablo Paredes: leía sus artículos periodísticos, compraba sus libros y asistía a sus charlas. Poco a poco, nos fuimos haciendo amigos. Cuando viajaba a San Cristóbal de vacaciones, después de mis jornadas como estudiante, en Mérida, o como profesor, en Caracas, una de mis visitas infaltables era la de Pedro Pablo, como terminábamos, llamándolo, todos sus amigos. En mi caso particular, así como en el de muchos

* Historiador egresado de la Escuela de Historia, Universidad de Los Andes, con Maestría y Doctorado en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello. Profesor Titular de la Universidad Nacional Experimental del Táchira. Sus publicaciones comprenden diversos temas: instituciones del período colonial, proceso emancipador, ideario político, historiografía, historia de la arquitectura y el urbanismo, entre otros. curriculum. Email: ildefonsomendez@yahoo.com.

jóvenes de entonces, seguía con interés mi desempeño profesional, leía mis escritos y me obsequiaba sus publicaciones. Nunca faltaban su palabra de estímulo y su voz orientadora para el ejercicio intelectual. Escucharlo era asistir a la interminable clase de un maestro de escuela.

Siempre le agradeceré a Pedro Pablo Paredes el *espaldazo* que me dio con sus artículos en la prensa, cuatro en total, sobre mis primeros libros. Desde el primero de ellos, titulado “Autor nuevo y nuevo libro”, relativo a *Seis temas de historia venezolana* (1995), hasta el último, “Un



Pedro Pablo Paredes. San Cristóbal, 2001

libro perfecto”, dedicado a *Pedro Grases: apuntes para el estudio de una trayectoria intelectual* (2003). A propósito, fue el maestro Grases, quien me confesó, en Caracas, que no se perdía el tiempo enviándole libros a Pedro Pablo, porque siempre los leía y respondía, no con una carta, sino con una reseña bibliográfica. Así, no es de extrañar, que la mayor parte de sus escritos, casi todos, ensayos breves, estén desperdigados en las páginas de *Vanguardia*, *Diario Católico* y *Diario La Nación*; porque, el autor, fue, además, uno de nuestros críticos literarios más autorizados y constantes en la tarea de divulgar los valores de la cultura nacional.

Esta entrevista a Pedro Pablo Paredes se desarrolló en San Cristóbal, un día de sosiego, el 6 de enero, Fiesta de Reyes, de 1993. Acababa de obtener el Premio Nacional de Literatura, el mayor galardón que se otorga a los escritores en Venezuela. En su caso particular, fue el reconocimiento, bastante tardío, a un hombre de letras residenciado en el interior del país. El autor me recibió en la biblioteca de su apartamento, donde, poco a poco, fuimos hilvanando los puntos que nos interesaban. Su discursar era ameno y espontáneo, matizado con ejemplos y anécdotas, con los que buscaba ser más convincente y preciso en sus afirmaciones. El entrevistado iba al grano con sus respuestas. Le gustaba poner en entredicho los lugares comunes. ¡Cosas de maestros!

Una vida marcada por la frontera

Usted es un andino por los cuatro costados; empecemos por referirnos a sus orígenes andinos.

Te recuerdo para comenzar que Ortega y Gasset hizo famosa una apreciación, que se ha comentado mucho, que dice: “El hombre no es solamente el hombre, es él y su circunstancia”; es decir que el hombre es hijo de su circunstancia. En el caso mío, ocurre lo siguiente: yo nací en La Raya, soy hombre fronterizo y le voy a explicar por qué. Yo nací en La Raya, soy hombre de La Raya, porque nací en una aldea que se llama

La Raya, y se llama así, porque por el centro de la aldea pasan los límites entre Trujillo y Mérida. Y esa raya divisoria entre Trujillo y Mérida, pasa por el centro de mi casa paterna, de tal manera que, una mitad de la casa es trujillana y la otra mitad es merideña. Entre la casa y La Mesa de Esnujaque hay la misma distancia que hay entre la casa y Timotes. Y la gente de la aldea se relacionaba para efectos jurídicos, comerciales o sociales, indiferentemente, o con La Mesa de Esnujaque, o con Timotes, según estuviera el humor, la decisión del individuo. Y así, algunas de mis hermanas fueron registradas en Timotes, otras en La Mesa de Esnujaque y yo, por supuesto, en La Mesa de Esnujaque. Pero yo no he vivido ahí, sino que, donde me formé, fue en Timotes; pero por nacimiento, soy trujillano, de La Mesa de Esnujaque; pero crecí en Timotes.

Hablemos de su primera formación, de sus estudios iniciales.

Me formé en Timotes, en una escuela que recuerdo con mucho cariño, con un maestro ejemplar, de esos que ya no existen en Venezuela, cuyo método, que a mí me resulta inolvidable, era el siguiente: dedicaba la mañana, exclusivamente, a matemáticas y el resto del día, de todos los días de esta vida, a la lectura de libros modélicos, para que el muchacho, yo, entre otros, perfeccionara la dicción en lectura, en alta voz, y perfeccionara la entonación. Había que repetir, repetir, repetir... hasta que el maestro dijera: “Ya está; está bien”. En lectura a primera vista, además de lecturas recitadas, obligatorias, de memoria, señaladas el día anterior. Eso influyó, definitivamente, en mí. Ahora que el tiempo ha pasado y hago memoria, eso influyó definitivamente en mí y creo, sin ninguna pedantería, que coincidía, un poco, con mi vocación intelectual. Yo comencé a leer desde niño, sin que tuviera obligatoriedad escolar, e iba sacando mi primaria. Ahora, mira. Un rato de estos, tuve mi primer encuentro con el *Quijote*. Me lo prestó un amigo, a quien yo veía leyendo mucho, cierto libro, que no sabía cuál era. De pronto, me lo mostró, me le pegué para que me lo prestara, me lo prestó y uno de mis recuerdos más entrañables de esa época, infantil, tendría yo 13 años, una cosa así, estaba en quinto grado, pues, es que

me leí el *Quijote*, verdaderamente deslumbrado por la narración, sin saltar página, de punta a punta, y sin tener ninguna obligatoriedad de dar cuenta de eso en la escuela donde estaba.

Eso habla muy bien de la formación que se daba en el pasado.

Así, es. Hoy, que he escrito sobre los problemas de la lectura en Venezuela, pues, me doy cuenta de que eso no es ninguna genialidad, no tenía porque serlo, es el resultado de la ejercitación que daba entonces la escuela sobre la lectura al estudiante. Pero ese fue mi primer encuentro con el *Quijote*. El maestro, muy certeramente, hacía dos cosas sistematizadas: en primer lugar, las lecturas a las que nos sometía, eran todas de autores andinos, preferentemente merideños, aunque también los había tachirenses y trujillanos, y en segundo lugar, de autores colombianos.

Su vida en los Andes se distribuye en tres etapas, cada una de las cuales corresponde a un estado: Trujillo, Mérida y Táchira. ¿No es así?

Es así. Mira una cosa, a propósito de eso. Un rato cualquiera, me gradúo, si se puede decir así, de sexto grado, salí de la escuela. Por circunstancias especiales de mi casa, pues, me quedé en la casa, sin rumbo y sin saber qué hacer. Y empecé a preocupar en la casa por eso. Y de pronto, así era entonces, un día cualquiera de estos, tuvimos noticia de que el Ministerio de Educación abría un concurso de estudios de Normal para gente joven en Mérida. Entonces, mi papá me mandó a Mérida, a intervenir en el concurso, fui al concurso, presenté un legajo que le daban a uno, no hubo ningún resultado y al siguiente año se repitió el concurso, volví a Mérida, no hubo ningún resultado y abandoné la ilusión del concurso y de mis estudios de Normal, pero seguía leyendo mucho. Y qué te parece, de pronto, me encuentro con un amigo que tiene un negocio de gasolina y mecánica en Mérida, que me dice: “Caramba, tengo un problema allá, tú no tienes nada que hacer, no tienes profesión, por qué no te vienes conmigo y me controlas eso, y se te gusta, pues, te quedas ahí, hasta que puedas”. Me fui y comencé a trabajar para él, en un garaje que se llama el garaje Moderno, y ahí está, todavía, en Mérida, ahí, inmediato, a dos cuadras del Palacio Episcopal, hacia la sierra, ¿verdad?

Estoy ahí, sí señor, un rato cualquiera de estos, olvidado por completo de los concursos previos, cuando pasa un amigo mío de Timotes, que sabía lo del concurso, a las ocho de la mañana paró su carro de urgencia y me pregunta: “¿No vas a intervenir en el concurso? Acaba de comenzar el examen, salga en carrera para allá”. Y resulta que la escuela, donde ocurría eso, me quedaba a dos cuadras del trabajo. Entonces, dejé a algún encargado ahí, me fui al examen, me identifiqué, me dieron el legajo, me senté y lo entregué antes que todos los demás. El jurado, no me acuerdo quiénes estaban, pero eran notables de la Mérida de entonces; el presidente del jurado me aconsejó: “Mire señor, mejor revise el trabajo, mire que le falta media hora, revise el trabajo”. Y yo le respondo: “Usted perdóneme, señor, pero ya lo revise”. “¿Está usted seguro?”. “Sí, estoy seguro”. Luego, me preguntó: “¿Puso la dirección?”. “Sí, ahí está la dirección, mire”. Y, por último, me dijeron: “Bueno, váyase tranquilo, lo felicitamos, le pondremos telegrama a Timotes, a esa dirección, si el resultado de su trabajo es positivo, y si no hay telegrama es porque no hubo nada”. “Perfecto”, señalé yo, me despedí y me fui a mi trabajo.

Por circunstancias que ahora no recuerdo muy bien, no seguí en el trabajo, por discrepancias que surgieron entre el dueño del negocio y yo, y entonces me regresé a Timotes, y me siento a esperar el resultado del concurso, que fue, creo recordar, como a comienzos de agosto y pasa todo el mes de agosto y nada, y pasa todo el mes de setiembre y nada, y octubre y nada, y por ahí, el 25 de noviembre llego a mi casa, y me encuentro, de pronto, con la sorpresa de que hay un telegrama para mí, veo el telegrama y era de Mérida, lo abro y dice: “Sírvase presentar ésta para recibir instrucciones”. Salí para Mérida, fui a la Inspectoría, como se decía entonces, donde me informaron: “Aquí están sus credenciales, está usted becado para la Escuela Normal Federal de San Cristóbal. Le deseamos éxito, mucho gusto, váyase cuanto antes”. Y así me vine al día siguiente.

¿Era una beca para estudiar en San Cristóbal?

Sí, era una beca para estudios de Normal.

¿Ahí se enlaza entonces San Cristóbal con Mérida?

Sí. Ya tengo mi experiencia de La Raya, que es una etapa más trujillana que merideña; ya había hecho mi primaria en Timotes, que es Mérida; y ya me había venido para Mérida; y ya me lanzaron para San Cristóbal. Ahora, llego a San Cristóbal y me presento en la Normal con mis credenciales de Mérida. El 29 de noviembre del año 39 me recibe las credenciales el director y me dice: “Llega usted muy a tiempo, porque hoy es el día de Don Andrés Bello”. No lo sabía, pues, o no lo tenía presente en ese momento. Seguramente, no. Bueno, me incorporé el día de Andrés Bello. Desde ese día, pertenezco a San Cristóbal.

¡Hace ya más de 50 años!

Sí, yo inauguré el curso de cuatro años en la Normal. Mire, me gradúo y para donde me lanza el Ministerio de Educación, es para Trujillo. De modo que comencé a trabajar en Valera, en la Escuela Padre Blanco; de ahí me largaron para Escuque, a la Escuela Eduardo Blanco; de ahí me largaron para Betijoque, a la Escuela Diego Bustillos. Mi primera etapa profesional ocurrió en esos tres pueblos.

¡Vuelve otra vez a Trujillo!

Sí, volví otra vez a Trujillo. Un rato cualquiera de estos, por diversas circunstancias, pues, salto de Betijoque a Barquisimeto, donde hice un año casi completo, el año 46. Y luego hice un cursillo para formar instructores en alfabetización, que a mí me interesó y me metí. Y me encontré al final, cuando hicieron la revisión de cosas, con la sorpresa de que el ministerio me nombró jefe del Servicio de Alfabetización en el estado Táchira. Y entonces regresé a San Cristóbal. Y así, durante tres años fui jefe del Servicio de Alfabetización en el estado Táchira. Y al llegar aquí, que eso no tenía mucho trabajo, me llamaron de la Normal para hacerme profesor por dos años.

Usted en Mérida estuvo poco tiempo.

En Mérida estuve poco.

¿Y ahí no ejerció el magisterio?

No lo he ejercido nunca en Mérida. Pero en Mérida me ocurrieron estas cosas, que son muy bonitas de contar. Mira. A mí me gusta contarlas. Conozco Mérida y me ocurren allí estas cosas: una, conocí el cine, porque yo no conocía el cine. El sitio donde posé estaba exactamente al frente del Cinelandia, en la calle Lora, voy al cine y me enamoré del cine, porque estaban en furor por esos días, las películas de Gardel. De modo que me eché al pico todas las películas de Gardel. Y en la misma cuadra, donde estaba la pensión, me encontré con una librería, donde estaban casi todas las obras de Vargas Vila. Ahí conocí a ese autor y me leí como treinta libros de Vargas Vila en esos días. De modo que, además de conocer la ciudad, conocí el cine, conocí a Gardel y conocí a Vargas Vila.

¡Tres revelaciones!

Tres revelaciones. Y obtuve el concurso que me salvó profesionalmente. Estuve un año casi completo en Barquisimeto, y de allá me catapultaron para acá. Y estuve aquí, desde el 46 hasta el 49, en Alfabetización y en la Normal. En eso se produjo el golpe de Pérez Jiménez. Y entonces, por circunstancias diversas, me fui a Caracas a ver qué tal me iba por allá. Entré en el Pedagógico y me hice profesor de Castellano, Literatura y Latín. Este es un dato curioso, que me gusta repetir. Mi promoción de sexto grado constó de diez alumnos y fue en el 33; diez años después, integrando una promoción de diez alumnos, me gradúo de maestro en San Cristóbal; y diez años después, integrando una promoción de diez alumnos, me gradúo en Caracas de profesor. Y de la promoción de la escuela primaria han muerto dos, de la promoción de la Normal han muerto dos y de la promoción del Pedagógico han muerto dos.

Hay un curioso juego de números y una armonía entre ellos.

¿No?

Sí, bueno, son cosas curiosas.

MANUEL FELIPE RUGELES.

Manuel Felipe Rugeles, el poeta, es natural de San Cristóbal. Nació en 1903. Su primera formación académica la obtuvo en su ciudad nativa. Ya hecho y derecho, por motivos que no andan suficientemente claros, le dedicó un buen tiempo a Bogotá. Todo un acierto de su parte. El caso es que de la ilustre capital de Colombia regresó, tan apto como dispuesto, para el servicio de la patria. No paró mucho tiempo en nuestra ciudad que tan quiso siempre. Se realizó, así, tanto en lo profesional como en lo cultural, en la capital de la república. Allí fue Director de Cultura del Ministerio de Educación. Y justamente en Caracas mereció el Premio Nacional de Literatura.

Fundamentalmente poeta, le debemos a Rugeles unos cuantos libros inolvidables. Uno, el más representativo, es "Aldea en la Niebla"; otro, no menos importante, es "Puerta del Cielo"; y otro más es "Memoria de la Tierra".

Comenzando por el primero de estos libros, el tema central de inspiración del poeta fue la tierra nativa: San Cristóbal y todo el Táchira. Dentro de esta temática, la obra de Rugeles resulta de primera calidad. Además de que él supo manejar, con igual maestría, tanto el verso tradicional como el verso libre. Sus poemas son, en una y otra forma, verdaderos poemas. Una cualidad poco abundante en nuestra cultura. Manuel Felipe Rugeles murió en Caracas en 1959.

Rugeles es, cronológicamente, el primero de los tres poetas máximos del Táchira. Los otros dos son Juan Beroes y Dionisio Aymará.

Pedro Pablo Paredes.

El grupo Yunke y la generación del 40

¿Cuál era el ambiente intelectual de San Cristóbal a su llegada y durante los primeros años de permanencia en nuestra ciudad?

Yo llegué aquí, me integré a la Normal y andando el tiempo, estaba yo comenzando mi tercer año, ya me había hecho amigo de algunos de mis profesores, como Régulo Burelli Rivas y Manuel Osorio Velasco, para citar dos. Y también de algunos periodistas que trabajaban en los periódicos de entonces, como *Vanguardia*, que ya desapareció. En fin, el caso es que de un momento a otro surgió la posibilidad de crear un grupo literario. Y ese grupo se llamó Yunke; se creó, si mal no recuerdo, en el 42. Las reuniones se hacían en la casa de Luis Felipe Ramón y Rivera. Y esas reuniones tuvieron la característica de que eran alternativamente musicales y literarias, o sea, la gente iba y leía sus cosas: un ensayo, un artículo crítico, un artículo político, o un poema, lo que fuera... Y el otro iba con su guitarra y su piano. Ahí fue donde se hizo famosa, por lo menos, para nosotros, Ofelia Ramón, que es la mejor intérprete que ha habido de la música típica tachirense, hasta donde vamos. Las sesiones eran, pues, medio literarias, medio musicales, a veces puramente literarias, a veces estrictamente musicales. Nada más. Ese grupo tuvo la circunstancia de que congregó a lo que luego se comenzó a llamar, y ya está, más o menos, establecido así, a la generación del 40. Ahí estábamos, Escalona-Escalona, que estudiaba en la Normal conmigo, Aurelio Ferrero Tamayo, Carlos Sánchez Espejo, Manuel Osorio Velasco, Rafael María Rosales... Se asomaba, de vez en cuando, Ramón J. Velásquez. Es la gente de la generación del 40 en el Táchira.

¿Qué papel jugó esa agrupación en las letras regionales?

Jugó un papel muy pedagógico.

¿Y tuvo proyección nacional?

Esa fue la generación del 40 regional. Y muy curiosamente, como ocurrió también en el resto del país, pero aquí con más fuerza, esa

generación tuvo como padrinos espirituales a los poetas del grupo Piedra y Cielo, de Bogotá. Y una de las cosas lindas que tuvo el grupo Yunke, fue que dio a conocer las primeras publicaciones de nosotros. Ahí salió mi primer libro, que fue un cuaderno de poemas, titulado *Silencio de tu nombre*. Igual hicieron Manuel Osorio Velasco, Régulo Burelli Rivas...

¡Qué fueron los primeros libros de ustedes!

¡Qué fueron nuestros primeros libros, en cada caso! Ese grupo nos dejó marcados para toda la vida a todos nosotros. Mire, en San Cristóbal ha habido muchos grupos literarios. Y una de las cosas más bellas de la ciudad es la Peña Literaria Manuel Felipe Rugeles, pero esta peña tiene la característica de que es eventual y además muy informal. Las reuniones del grupo Yunke eran más sistemáticas. Pero nos ocurrió, lo que ocurre siempre con los grupos literarios, que nos fuimos graduando y nos fuimos dispersando. Y se acabó el grupo. Pero fue un grupo muy lindo. Hicimos páginas literarias en *Vanguardia*, en *El Centinela*... Y nos influyó a todos, y por intermedio del grupo nos pusimos en contacto con otros grupos, como el Piedra y Cielo, de Bogotá, que fue prácticamente nuestro padrino; con el grupo Martín Fierro, de Buenos Aires y con algún otro que no recuerdo en este momento, que fueron coincidentes en el tiempo, generacionalmente, hablando. ¡Sí señor!

¡Qué me puede decir sobre la generación del 40?

La generación del 40 tuvo los siguientes puntos definitorios: se propuso una vuelta a los clásicos, porque fue una reacción nacional contra el grupo Viernes, que fue estrictamente caraqueño, y que fue el grupo que no solamente tomó como bandera de lucha, la bandera surrealista, sino que fue el que puso en órbita el verso libre en Venezuela. Eso no lo logró la generación del 18, inmediatamente, anterior. Entonces, fijate, la generación del 40 reaccionó contra el grupo Viernes, colgándose de los clásicos. El problema de esta generación, para mí, es el siguiente, que fue a los clásicos españoles por intermedio del grupo Piedra y Cielo. No es que valerse de Piedra y Cielo como trampolín, sea negativo, sino que, en algunos casos, eso resultó realmente desquiciado.

Por ejemplo, el líder de la generación del 40, nacionalmente hablando, era tachirense, se llamaba Juan Beroes y nació aquí. Ahora, Beroes es un buen poeta, pero es muy clasicista, si se puede decir así, y lo es, pero a través de Piedra y Cielo. De manera que uno lee a Beroes y es como leer una especie de caricatura del estilo de Eduardo Carranza.

¿Fue una gran influencia colombiana?

Una influencia, sencillamente, total, en Beroes. El resto de los autores del 40 no fueron tan fieles, no fueron tan sumisos, no se trata de fidelidad, sino de sumisión. No fueron tan sumisos al grupo Piedra y Cielo. Eso vino en detrimento, por supuesto, de Beroes, que está muy devaluado por eso. Porque si tú lees a Piedra y Cielo y te sientas a leer a Beroes, tú sientes que aquello no va a ninguna parte. Ese es un defecto central de Beroes. A él lo salva para la crítica nacional, para las antologías nacionales, la obra que publicó cuando comenzó a independizarse de la influencia de Piedra y Cielo. Por ejemplo, *Materia de eternidad* es un buen libro. Ahí ya no hay nada de Piedra y Cielo. Pero aquello de *Canto para el abril de una doncella*, eso es puro Piedra y Cielo. Pero, en fin, puntos importantes: uno, la generación del 40 se propuso volver a los clásicos para reaccionar contra el surrealismo de Viernes. Otro, se trazó, entre otros propósitos, el mismo de la generación del 18, ser, hasta donde eso es posible, auténticos, es decir, rigurosamente venezolanos; creo que eso se logró, magníficamente, en personas, como decir, Aquiles Nazoa, que es un tipo venezolanísimo de pie a cabeza. Por ejemplo, Pastori, que es del 40, tiene un problema parecido al de Beroes, pero en otra dirección. Pastori es *andreseloyblanquista* de punta a punta. Pero, mira, hay una autora que es sumamente buena, me parece que entre las mujeres, por lo que ha dado ya, hasta la fecha, que se puede considerar definitivo, aunque no se ha muerto, es Luz Machado, que es una buena poeta, hay libros de ella extraordinarios, en los que tú no sientes el clasicismo por ninguna parte. En ella se dio la fidelidad a los clásicos, directamente, sin traicionar lo venezolano. Porque, por ejemplo, Ida Gramcko tiene el problema de que es muy oratoria. Y

a Ana Enriqueta Terán le pasó una cosa, que le pasa a mucha gente, después de un cuarto o quinto libro que publicó por ahí, debió tener unos cenáculos con esta gente joven, posterior al 40, y la enzanjaron en esta incoherencia característica de la mayor parte de la poesía que se está haciendo. De entonces para acá, Ana Enriqueta perdió su estilo y se volvió casi ilegible. Es decir, traicionó la línea que abrió, se apartó de ahí para congraciarse con los nuevos.

¡Más que traicionar se desvió del camino que traía!

Sí, se desvió del camino que traía, que era su camino.

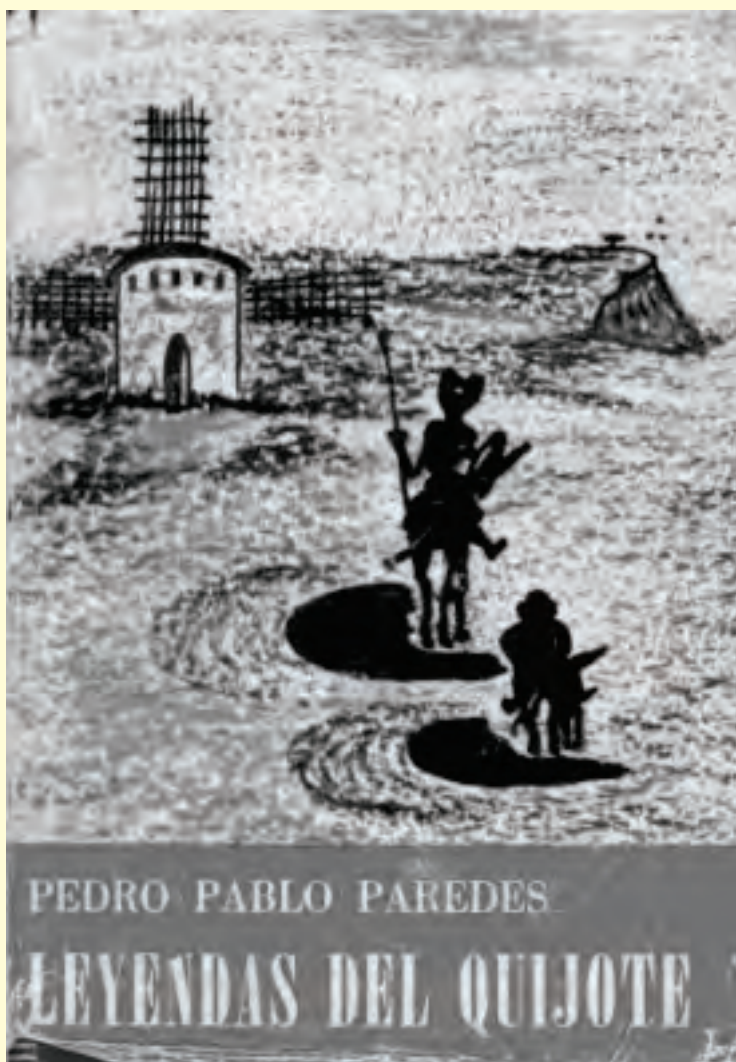
Influencia y persistencia del Quijote

¡Qué lecturas y qué escritores influyeron inicialmente en usted?

Yo, como te dije, entré en los clásicos por Cervantes, con el *Quijote*, que me leí en el quinto grado. Permíteme un paréntesis, antes de hablarte del *Quijote*, porque me interesa que tengas claro este punto.

¡Sí, cómo no!

Yo le entré al *Quijote* en quinto grado y me lo leí de punta a punta, sin saltarme una línea, cosa que no hacen hoy, ni los profesores de Literatura. Bueno, pero eso, es otra cosa. Y me quedé encantado con el libro. Pasa el tiempo, y de pronto, estoy estudiando en la Normal, en San Cristóbal. Pero tú sabes que hay ciertas impresiones, sobre la primera vez que tienes tú una experiencia determinada, por ejemplo, yo siempre he comentado esto. Uno oye, por primera vez, la Quinta Sinfonía, dirigida por Bruno Walter, por hablar de un director clásico de Beethoven. Y oye después, otras interpretaciones y uno siente que algo falla por ahí. A uno se le queda grabada la primera interpretación y la sinfonía es la misma y la orquesta puede ser mejor que la primera.



Portada de la primera edición de *Leyendas del Quijote*.

Mérida: Universidad de los Andes, 1976

Estoy de acuerdo con usted.

¿Verdad que en eso coincidimos? Ah bueno, entonces a mí se me quedó grabada la lectura del *Quijote* y se me quedó grabada la edición que yo leí, y siempre tuve la ilusión de ponerme en esa edición para tenerla. Bueno, estoy estudiando en San Cristóbal, vivo en cierta pensión y un rato de estos, salgo al anochecer, pero me paré antes en el portón. Y veo que han puesto en el tacho de la basura, porque ya había anochecido y pasaba el aseo urbano, como ahora; miro el tacho de la basura y veo que hay un libro encima, como recién puesto ahí, me agacho a ver qué libro es. Y era un ejemplar del *Quijote*. Lo levanté, en perfecto estado de conservación y era exactamente la edición que yo había leído en La Raya. Y entonces, como estaba puesto ahí, en calidad de desecho, yo le puse mano, lo guardé entre mis libros y lo conservo todavía, lo tengo en casa de mis hermanas, en una pequeña biblioteca que tengo allá. Esa es una segunda etapa mía con el *Quijote*.

¿Usted escribió un libro sobre el Quijote?

Andando los años, habiéndome familiarizado hasta donde he podido con los clásicos españoles, antes y después del *Quijote*, empecé a sentir que yo estaba en deuda con él. Me entró esa preocupación y no me la podía sacar de encima, la olvidaba, pasaban meses y me volvía a entrar, hasta que un día, dije: “No, pues, hay que salir de esta deuda”. ¿Qué escribir sobre el *Quijote*? Sobre él está dicho todo, lo inimaginable, no han encontrado todavía nuevas posibilidades. Fijate lo que me pasó. Un rato cualquiera de estos, me cae en la mano un libro de aquel fulano, que tú habrás leído y que es muy grato, Kahlil Gibran, llamado *El profeta*. Me pongo a leerlo y de pronto me llamó mucho la atención uno de los capítulos cortos, verdaderos poemas en prosa, que ocurre de la manera siguiente: María Magdalena está en su casa, atendiendo la visita de algunos de los apóstoles y están tomando vino, o alguna cosa así, y conversando a propósito de Jesús, que hace días que no lo ven y no saben en dónde anda. Y había luna. Según el poema, la casa tenía porche, con el jardín correspondiente y entonces, María Magdalena se

levanta a traerles vino a los visitantes, pero, para poder pasar hasta donde estaban los visitantes, tenía que pasar por la puerta y llegar al porche, y a lo que pasó por allá, miró que sobre el césped del jardín, se alargaba la sombra de Jesús. Ella se estremeció, entregó el vino a los visitantes y salió a ver dónde estaba Jesús, se asomó al jardín y no había nadie. Total: una linda cosa. De ahí me surgió a mí la idea siguiente: por qué no escribir una cosa sobre el *Quijote* basada en hacer, en crear el testimonio, de acuerdo con el libro, por supuesto, hasta donde el libro pueda dar algo para eso; por qué no escribir el testimonio de las gentes, de las gentes de cierta nota, que estuvieron en contacto con Don Quijote, que fueron sus amigos, o que lo acompañaron, circunstancialmente, en un rato del camino, o que lo conocieron en una posada y lo escucharon hablar, o que lo vieron hacer sus travesuras más allá. Y me puse a revisar el libro y a seleccionar los personajes y de ahí me salió *Leyendas del Quijote*, que es, según me lo han dicho algunos comentaristas, especialmente de España, una forma de ver la obra, que no se le había ocurrido a nadie.

Es otro ángulo de exploración del libro.

Es una vista oblicua del *Quijote*.

Ese libro yo, lamentablemente, no lo he leído, incluso, creo que usted recibió un premio en Caracas.

Sí, por ese libro obtuve el Premio Municipal de Prosa del año 77.

¿El mismo año de publicación?

Sí, el mismo año de publicación.

Otras influencias intelectuales

¿Qué otras influencias intelectuales ha recibido?

Eso te lo decía en cuanto al *Quijote*. Y yo de lo que he me nutrido, mucho más, de lo que puedo hablar de influencias, pues, porque las influencias siempre las recibe uno de todas partes, en fin, pero influencias

más definidas me han venido de los clásicos españoles. Por ejemplo, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Cervantes con sus *Novelas ejemplares* y el *Quijote*, por supuesto, Bécquer y algunos otros de la generación del 98, a todos los que consideramos clásicos españoles, por ejemplo, García Lorca, que es de la generación del 27. Mi formación ha sido, centralmente, española, es decir, fuera de América, pues, centralmente, española. Ahora, claro, no puede uno olvidarse, por ejemplo, de Víctor Hugo. Y ahora, como estamos entrando en el 93, habrá que volver a leer *El 93*, que a mí me causó mucha impresión cuando lo leí, siendo estudiante de la Normal, que es la novela de la Revolución francesa, muy linda novela de Víctor Hugo. Bueno, por ejemplo, para decirte una cosa, así suelta y en el aire, entre los autores que yo he leído, extranjeros, están Thomas Mann con *La montaña mágica*, Hermann Hesse con *El lobo estepario*, Aldous Huxley con *El contrapunto...* En fin, obras que pueden considerarse clásicos en los distintos países, digamos europeos, sean en lengua francesa, inglesa, rusa...

¿Y en cuanto a los escritores venezolanos?

Bueno, yo los he trabajado hasta donde me ha sido posible, por razones, entre otras cosas, profesionales, como he trabajado mucho a los escritores colombianos, por razones profesionales, de cátedra, a tal punto que el poeta Eduardo Carranza, que fue amigo mío y que murió el año antepasado, un día hablando, se paró, de pronto, en la conversación y me dijo: “¿Quieres que te diga una cosa?”. “Sí”. “Mira, yo soy profesor de Literatura, como tú sabes, y en Colombia no hay quien tenga noticias de la literatura colombiana como las que tienes tú, en fin, no las tengo yo”. Es cuestión de familiarizarse uno con los escritores. Y en el caso venezolano, desde Bello hasta Gallegos. De eso no se escapa uno, por supuesto. En el congreso de literatura que se frustró por el golpe, me tenían clavada una clase magistral. Estuve algunos días pensando sobre esto, qué tema escoger y de pronto me encontré con un tema que puede ser interesante. Lo mantuve por ahí y a ratos lo recuerdo, lo remejo y me parece que puede ser interesante.

Fíjate el tema. Venezuela, por una serie de razones, que se explicarían en la charla, más o menos, no ha dado todavía un poeta grande, lo que se dice grande, por supuesto. Venezuela no tiene un Vallejo, ni un Neruda, ni un Barba Jacob, ni un Silva... ¿Por qué eso? Se suele hablar en materia de crítica, de que una cosa es ser artista y otra cosa es ser creador. Los críticos hacen distinción entre el artista y el creador en



Pedro Pablo Paredes. San Cristóbal, 2007.

Fotografía: Ildefonso Méndez Salcedo

el sentido siguiente. El artista es el que hace la carpintería del poema, hablando de poetas, el que sabe, pues, donde va la coma...

¡La mecánica!

Sí, la mecánica de la forma del poema. Ese sería el artista. Y el creador es el que iría por dentro de eso. ¿Está claro? Entonces, uno en Venezuela, y en eso creo que concordemos, lee la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, con amor, con voluntad de comprensión y tú sientes que es un gran poema. Y lo mismo, te pasa con *La casita blanca*, y con *La vuelta a la patria*, y con *El idilio trágico*, y con la *Silva criolla*, y con *A un año de tu luz...* Tú sientes que el artista está muy bien ahí y sientes, hasta cierto punto, que el poeta no anda mal, tampoco; pero tú no te sientes, solidario, íntimamente, con ese tipo de poema, como te sientes, cuando lees, por ejemplo, a Vallejo, que tú te quedas deslumbrado, o cuando lees a Neruda...

¡Es una compenetración total!

Sí, total. El verbo es ese. Tú no te sientes identificado con Bello. ¿Sí o no?

¡Si usted sale a la palestra pública con esta tesis le va a caer encima medio mundo!

Sí, me cae medio mundo. Y si tú sigues de allá para acá, digamos, desde Andrés Eloy Blanco para acá, entonces, la cosa es peor. Pero mire, tú te sientas a leer a poetas un poco menores, que los que hemos nombrado como, por ejemplo, José Eustasio Rivera, colombiano; Santos Chocano, peruano; Huidobro, mismo...

¿Usted lo que plantea es que no está vaciada realmente el alma del poeta en el papel?

Sí, en el papel.

¿Eso es lo que falta? ¡Más que preocuparse por la forma hay que preocuparse por el fondo!

Sí, por el fondo, porque el fondo es el que compromete al poeta con el lector.

¡Y que exista una comunicación genuina!

Mira, te doy un ejemplo: una poeta impresionante, pero una cosa sobrecogedora, que tú la lees, la vuelves a leer y cada vez la sientes como la primera vez, se llama Gabriela Mistral. Una poeta como Gabriela Mistral no la ha producido España, digamos, femeninamente, hablando. Los españoles no tienen una mujer de la calidad de Gabriela Mistral. Ni de la calidad de Alfonsina Storni, ni de la calidad de Teresa de la Parra... España, que es la madre del idioma.

En el sentido de que el poeta despierta al lector. No solamente lo entretiene.

No solamente lo entretiene, porque la cosa tiene que ir más allá del entretenimiento.

En ese sentido, tal vez, sí resulte difícil refutarle su tesis. La cosa es muy polémica, porque yo estaba pensando, por ejemplo, en Ramos Sucre y en Gerbasi, que están muy emparentados, en cuanto al hermetismo de su poesía, pero realmente, ellos no llegan al grueso del público.

Ya que trajiste a colación eso, que dice la gente, yo se lo he oído a estudiantes, a lectores... “No es que no me guste, es que no me llega”. Esto me hace recordar una frase de Ortega y Gasset, quien estuvo en Argentina, invitado por unas señoras, ricas e ilustres, no recuerdo ahora sus nombres, fue huésped de honor de sus casas y se estuvo una temporada, más o menos larga, por allá. Y un rato de estos, las señoras promovieron la publicación de la obra del poeta árabe-español, **Ibn Hazm**, que era andaluz, concretamente del libro *El collar de la paloma*, que es uno de los clásicos de la literatura universal en el campo del amor. Y le pidieron a Ortega el prólogo para ese libro, y Ortega lo que les hace es una carta, bueno, el prólogo fue una carta, dividida como en tres o cuatro puntos, y en una de las conclusiones, les dice: “Ustedes comprenderán y estarán acordes conmigo, en que todo poeta verdadero nos plagia, porque cuando lo leemos, nos decimos

en silencio, pero esto lo había sentido yo y no se me había ocurrido escribirlo”. Mire, eso no lo encuentras tú en ningún poeta venezolano, que yo sepa, hasta la fecha.

Tal vez, en sentido general tenga usted razón, pero deber haber algunas excepciones, aunque para discutir y polemizar su apreciación es muy acertada.

Sí, claro, debe haberlas. Pero los casos de mayor cuantía no tienen esa virtud, de hecho, entre los casos mayores, Pérez Bonalde, Andrés Eloy Blanco...

Incluso, entre poetas que su poesía se ha hecho popular.

Sí. Y mira esto, el verdadero Andrés Eloy está en lo popular. Ahora este asunto del que estamos hablando lo voy a desarrollar por escrito, porque me parece que es interesante.

Sí, es muy interesante.

Presencia de los Andes y de San Cristóbal

La geografía andina ha influido notablemente en su sensibilidad creadora, en sus gustos literarios, dejando marcada huella en su obra como escritor.

Sí, la geografía andina ha influido sobre mi manera de ser, a tal punto que Escalona-Escalona me ha definido un poco en chiste de la siguiente manera: ha dicho que yo soy trujillano de nacimiento, cosa correcta; merideño de crecimiento, cosa cierta, porque crecí en Timotes; tachirense de sentimiento, cosa cierta, porque por algo vivo aquí; y colombiano de pensamiento, porque yo me formé con textos colombianos, en mi primaria y en mi Normal, tiempo en el que predominaban los textos de autores colombianos, en todos los Andes.

¿Se estudiaban más las obras de escritores colombianos?

Sí, mire, un libro entrañable que yo he rastreado por toda Colombia y eso se perdió, no lo volvieron a editar y que fue el libro de cabecera de

mi escuela primaria, *El lector colombiano*. Una antología de los mejores escritores y poetas colombianos. El autor, que fue un maestro eminente, murió y el libro no se volvió a editar más nunca. Alguna vez vi un libro con ese título y lo compré con mucha emoción, pero era completamente, otro libro, diferente al que yo había tenido. Y todo esto te lo digo para cuadrar el hecho de que mi formación es legítimamente, radicalmente andina. A eso, lo único que yo le he agregado, es lo que he podido estudiar, leer y conocer de las literaturas extranjeras, quiero decir, no venezolanas, ni colombianas, extranjeras, o sea de lenguas traducidas, por ejemplo, las francesas, portuguesas, alemanas... Pero, fundamentalmente, mi formación es de lengua española. Yo he sido toda la vida un mal lector



Portada de la primera edición de *La ciudad contigo*. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1984

de libros traducidos, porque usted sabe que los italianos tienen una cosa señalada: que el traductor es un traidor, por aquello de *traduttore traditore*, una cosa así. Es un refrán italiano. Generalmente, a menos que sea un traductor genial, la obra se frustra en las manos del traductor. Ahora, hay excepciones, por supuesto. Un ejemplo, son las traducciones hechas por Pérez Bonalde de *El cancionero* de Heine y de *El cuervo* de Poe que, hasta la fecha y según los críticos y entendidos, son insuperables. Y otro ejemplo, Cansinos Assens tradujo al español, creo que el tipo no escribió casi lo suyo, por estar traduciendo la literatura rusa, casi completa, hasta su tiempo. Y también, la francesa. Fue un gran traductor.

Ese es uno de los oficios más duros que hay, yo pienso que es más duro que ser bibliógrafo.

Yo creo que es más duro que ser lingüista, que es una disciplina terrible. Pero, bueno, existe, pues, la ocupación. Volviendo al tema inicial, yo realmente creo que los Andes son otro país dentro de Venezuela, en todo... Yo tengo una conferencia sobre este tema, porque no puede haber integración colombo-venezolana, para mí no puede haberla nunca y mi argumento es el siguiente: si tú miras el mapa de Venezuela, que nos lo sabemos de memoria, Venezuela es un país llanero, los Andes son un recodito, aquí, el venezolano típico es llanero, no andino; si usted voltea la hoja y mira el mapa de Colombia, el colombiano representativo no es llanero, es andino. De tal manera que los andinos venezolanos deberíamos ser colombianos, entre otras cosas porque el límite de la Nueva Granada pasaba por mi pueblo, por Timotes, pasaba por mi aldea, La Raya, el límite original, antiguo, de la Nueva Granada. Pero esto lo conduzco yo hasta lo siguiente: me parece que la tesis es interesante, se diferencian mucho el montañés del llanero, siempre se han diferenciado, en todas las épocas de la historia, en todos los países, el montañés del hombre de la llanura. El hombre de la llanura es un tipo, como dicen los colombianos, desabrochado de conducta y el de la montaña es ceñido a disciplina, instintivamente, a una disciplina especial. Eso es para llegar yo a lo siguiente: ¿cuál es el motivo fundamental de divergencia entre

Santander y el Libertador? Que el Libertador era llanero y Santander era andino legítimo, de Cúcuta.

Santander era de una localidad llamada San Faustino de los Ríos, que era una población venezolana.

Sí, exacto. Santander, originalmente, fue venezolano.

La región andina, vale decir, la montaña, recorre toda su obra. Llama la atención su preferencia por San Cristóbal, su modo de sentirla y de soñarla.

Yo le debo a San Cristóbal, todo, casi todo. Fijate tú, le debo a San Cristóbal las dos cosas fundamentales de mi vida: una, yo vine aquí a hacerme profesional del magisterio y aquí me gradué. Fui a Trujillo, como ya te dije, trabajé aquí y allá, en unos cuatro o cinco pueblos. Regresé a San Cristóbal. Fui a Caracas, trabajé allá unos 15 años, y de Caracas regresé a San Cristóbal, al Liceo Simón Bolívar, donde me jubilé. Quiere decir que mi curva profesional docente comenzó aquí y se cerró aquí. Eso se lo debo a San Cristóbal. La otra cosa: aquí hice mi primera publicación, me la hizo Yunke. Me fui, qué se yo, publiqué alguna cosa por ahí, regresé para acá, donde estoy, y la mayor parte de lo que yo he publicado, tengo 19 o 20 títulos, lo he publicado en San Cristóbal o desde San Cristóbal, e inspirado, centralmente, casi que en San Cristóbal. Todo. En ese campo no estoy jubilado.

¿Todos sus libros han sido escritos en San Cristóbal?

Casi todos. La mayor parte de los libros míos han sido escritos aquí, en este escritorio, cuando estaba en la urbanización Torbes y ahora que estoy aquí, en la urbanización La Hacienda. De manera que lo que quiero decirte, es lo siguiente: mi curva profesional se abrió en San Cristóbal y se cerró aquí, con la jubilación. Mi curva literaria comenzó aquí y aquí estoy. Esas dos cosas revelan el afecto que tengo por San Cristóbal.

Hay un afecto por la ciudad, una relación entrañable con ella.

Sí, una relación entrañable entre la ciudad y yo. Lubio Cardozo me dijo una cosa, que no se la había escuchado a nadie. Yo le había

mandado *La ciudad contigo*. Un rato de estos voy a Mérida, lo busco y nos ponemos a hablar. ¿Y sabes lo que me dijo? ¡Que me dejó realmente asombrado! Me dijo: “Mire, Pedro Pablo, yo tengo que hacerte una confesión, yo no había leído en mi vida un libro más bello que ese”. Textualmente, me dijo eso. *La ciudad contigo* es un libro inspirado, exclusivamente, en San Cristóbal. Es una colección de poemas en prosa.

¡Es un libro muy hermoso!

Ese libro me quedó muy bien. Yo lo quiero mucho, entre otras cosas, porque está inspirado en San Cristóbal, que es mi ciudad. Y yo lo quiero mucho también por una razón especial. Aquí, entre nosotros, nadie, ni Rugeles, que es el cantor de los Andes y el cantor de San Cristóbal, le había dedicado a San Cristóbal un libro, es decir, había especializado un libro en el tema de San Cristóbal, como ese mío, *La ciudad contigo*.

Es cierto, por eso es que yo lo llamo a usted el poeta de la ciudad. Y usted dice que no es el poeta de la ciudad, que un día de estos me lo va a presentar.

Sí, pues, es Rugeles, que está considerado el poeta de la ciudad, con mucha justicia. Pero es de las cosas más curiosas, Rugeles, poeta de San Cristóbal, no tiene un poema específico a la ciudad. Ni uno. En cambio, yo le dediqué todo ese libro a San Cristóbal.

Y en otros libros suyos de poesía, también aparece San Cristóbal.

Sí, claro.

El oficio de la escritura

¿Por qué esa inclinación suya por escribir?

Bueno, pienso que ese es un problema de vocación. Ya te dije, ¿quién me mandó a mí a leerme el *Quijote* a la edad en que yo lo leí? Mira, hay cosas en la experiencia personal que parecen increíbles, cuando hay suficiente perspectiva sobre ellas. A mí me parece hoy una

fábula, el que yo haya tenido esa experiencia a dicha edad. Entonces, lo que te dije al comienzo: yo pienso que eso es una coincidencia con la inclinación natural, que yo seguramente traía.

¡Hay una necesidad por plasmar el pensamiento en el papel!

Sí, hay una necesidad, lo expresivo es una necesidad perentoria.

¡De comunicación y de creación!

De creación, de comunicación, de expresión, pues, de drenaje íntimo, como decían los griegos. ¡Ese es el problema!

Su obra como escritor se reparte entre la poesía y el ensayo. Su poesía le canta a la naturaleza en sus más bellas manifestaciones y al mismo tiempo a la presencia humana, es decir, tanto al medio como al hombre.

Eso es correcto, lo ratifico en todas sus partes. Mira, uno de los libros que yo quiero más es *Temas con variaciones*, en que me deshice, un poco, como te había dicho del *Quijote*, de una serie de cosas que arrastraba y que yo quería hacer algo con ellas, y un rato cualquiera de estos, pues, me entró y lo desarrollé. Y creo que ese es uno de los libros míos que ha tenido más éxito de crítica, porque son ensayos divididos en tres partes cada uno. Y esos ensayos, breves, tienen un tema, más o menos central, dividido en tres partes. Así son todos. Por ejemplo, ahí hablo yo de Cervantes, de Bolívar... Uno de los capítulos se titula "El amor de Bolívar", entonces comento, en primer término, a Fanny du Villars, la francesa; en segundo término, a Bernardina Ibáñez, la ocañera; y por último, a Manuela Sáenz, la quiteña. Esto para llegar a la conclusión de que esos tres amores fueron verdaderos, auténticos amores en Bolívar, la prueba de que lo fueron es que uno de los últimos suspiros sentimentales que echó el Libertador en Santa Marta fue para Fanny, a quien recordaba con una perfección estremecedora. Y con la Ibáñez, ocurrió un hecho muy curioso, ella no le correspondió jamás y él no dejó de quererla nunca, y los parientes de la Ibáñez, una vez pasado el tiempo, un historiador llamado Néstor Ibáñez, que era tío de

la muchacha, destruyó toda huella posible de esa afección de Bolívar por ella, pero como no hay crimen perfecto, quedó una carta que se salvó y es tan curiosa, que está escrita de la siguiente manera: “Mi querida B...”. No se atreve ni siquiera a poner el nombre completo. Y se queja de que ella no le ha respondido ninguna de sus cartas, mientras él vive penando todos los días por ella. Y se despide con la cautela con que entró y le pone el “tuyo”, o algo así, “te quiere mucho”, qué se yo. Hay una carta que él le escribe a Santander, desde Lima, no una carta oficial, sino una carta de amigos y por allá, al final, le dice:



Portada de la primera edición de *El soneto en Venezuela*. Caracas: Ministerio de Educación, 1962

“No olvides dármele saludos a nuestra admirada Bernardina y, si te es posible, decirle que la recuerdo todos los días”. Santander le responde y cuando se acuerda que tiene que decirle algo de Bernardina, algo le dice, y de pronto, le pone esta observación, todavía no habían roto la amistad: “Pero no olvide, mi querido general, que amor de lejos...”. Y todos esos amores, que fueron auténticos, pero no realizados, por una u otra circunstancia, encontraron su culminación, casi borrascosa, en Manuelita.

No ha escrito usted o no se ha interesado por escribir cuentos ni novelas. Sus géneros predilectos son la poesía y el ensayo. ¿Por qué no ha intentado expresarse en otros géneros?

Mira, una de las especializaciones que yo admiro más es la novela y como no está en mi órbita, una de mis admiraciones consiste en lo siguiente: yo no he tenido la oportunidad de hablar con un novelista al grano, para tocarle esto. La creación literaria es el resultado de una tensión que llamamos inspiración. Ahora, quisiera yo preguntarle a un novelista, como por ejemplo, Thomas Mann, que murió hace muchos años ya, ¿qué hace un novelista, que por circunstancias obvias, no puede llegar hoy, sino hasta el capítulo séptimo y mañana tiene una audiencia con el Presidente de la República, o tiene que hacer un viaje a Italia y regresar dentro de 15 días, para volver a empatar con la misma tensión en los capítulos siguientes? Eso debe ser un problema psicológico especial o no tanto psicológico, sino emotivo, quiero decir, estético. ¿Verdad que es un problema? Porque un poema, fíjate tú, por largo, o más o menos largo, hoy no se escriben poemas largos, por supuesto, sale de un pepazo, de un solo rasgo de inspiración. Pero una novela, que tenga 500 páginas...

¡Ahí se requieren meses o años de dedicación!

Sí, yo no he tocado la parte narrativa, que no está en mi órbita. Te cuento esta experiencia, muy ilustrativa, sobre mi obra: un amigo mío, de Mérida, que ya murió, no sé si tú lo alcanzaste a conocer, Antonio Díaz, que me fue editor y un gran caballero. Nos hicimos, no sé en qué momento, amigos, fuimos grandes amigos y cada vez que venía a San

Cristóbal, que lo hacía con relativa frecuencia, me llamaba y yo iba para el hotel a conversar con él. Y un rato de estos, le dije: “Mira, Antonio, tengo un libro terminado y le esboqué el plan de *Tema con variaciones*”. Y él me propuso: “Yo te lo edito, pues”. Pero, le señalé: “Déjame echarle una leída para perfeccionarle algunas cosas y te lo dejo listo”. Y me respondió: “Vuelvo dentro de 15 días, me lo tienes listo para llevármelo”. Vino como en 15 días, efectivamente, y me preguntó: “¿Me trajiste el libro?”. Yo le dije: “Mira, Antonio, no te lo traje, ni te lo voy a dar”. Saltó de una vez: “¿Por qué?”. “Porque resulta que fui a Caracas y se me ocurrió mostrárselo a Morón, que me lo quitó de las manos y me lo está imprimiendo, me da mucha pena contigo, pero era imposible decirle no a Morón”. Antonio Díaz se amoscó un poco, qué se yo. Y cuando, yo lo vi, así, disgustado, le planteé: “Pero no te preocupes, tengo otro libro que me gusta mucho y que yo personalmente aprecio, que es *Leyendas del Quijote*”. Le expliqué el plan y me contestó: “Me voy a las siete de la mañana, de modo que me lo traes esta noche, porque tengo que llevármelo”. Le dije: “Eso, no puedo, traértelo esta noche”. “¿Y por qué?”. “Porque no lo he escrito todavía, pero lo tengo aquí, en la cabeza”. El tipo quedó desconcertado. Y le señalé: “Pero no te preocupes, a fines de julio, tienes el libro listo, porque ya lo tengo, fijate, es solo cuestión de sentarme a desarrollarlo; a fines de julio, tienes el libro listo, en lo que lo termine y lo firme, te llamo por teléfono y te digo aquí está, tú me dirás, si te lo llevo, o vienes por él, o te lo mando”. El tipo quedó muy descontento: “Bueno, si no hay más camino, no hay más camino”. Nos despedimos y se fue. Lo llamé el 20 de julio y le anuncié: “El libro está terminado, aquí están las ilustraciones y todo”. María Luisa Alonso me hizo las ilustraciones. Y me respondió: “Yo voy para San Cristóbal, dentro de tres o cuatro días, ténmelo ahí”. Vino, se lo entregué y lo editó. Pero lo que quería decirte con eso es lo siguiente: tú, de pronto, concibes un libro, como se concibe también un artículo, pero un libro es más difícil; tú concibes una obra, la sobas, la cultivas, la consientes, la acaricias y la vuelves a sobar; interiormente, eso lo llamo yo gestación, como le debe ocurrir a la mujer cuando concibe. Entonces, se concibe la obra, se gesta en

un tiempo, más o menos largo, más o menos corto, eso depende de las circunstancias del escritor y un rato cualquiera de estos, se pare. Cuando tú te sientas a escribirla, una de las cosas curiosas que ocurren, es que los dedos corren sobre la máquina con una espontaneidad extraordinaria, porque lo que estás es copiando. Esa es la experiencia, para mí, más clara, de la vida de escritor, que yo he tenido, por lo menos.

En cuanto al ensayo se ha ocupado de temas propios de la crítica literaria, de la educación, de las artes, en fin, de eso que conocemos como cultura humanística. ¿Por qué ese interés?

Bueno, cómo te diría yo, también eso es un problema de incitaciones intelectuales. Por donde quiera que tú pasas te van surgiendo temas, posibilidades expresivas, características del desarrollo intelectual, el ensayo es una obra de naturaleza, específicamente, intelectual; el ensayo es reflexivo. ¿Qué te hace a ti pensar? Bueno, tantas cosas por entre las cuales vas pasando cuando caminas por la ciudad. O pon tú que no estés pasando, sino que las recuerdas, las has visito o te provoca examinarlas, ponerlas en limpio para el presunto lector del periódico. Ese es el interés de la vida diaria. Antes hablábamos del ambiente, del entorno, del medio. Es el medio el que lo inspira a uno. Ahora, de acuerdo con la naturaleza de la incitación, tú quedas en disponibilidad de tratarlo por intermedio del corazón y la sensibilidad, o por intermedio de la cabeza, que es la inteligencia reflexiva. ¡Eso es todo!

Uno de los libros más hermosos que usted ha escrito es *Emocionario de Laín Sánchez*, en donde se tratan gran parte de los asuntos que hemos abordado en esta conversación.

Sí, así es.

Vamos a hablar de las antologías preparadas por usted.

Sí, he hecho tres.

Pero, la más famosa, que es la primera que usted publicó, es *El soneto en Venezuela*, que tiene un estudio preliminar muy enjundioso y una selección de poemas. ¿Esa es la primera?

Sí, esa es la primera, que salió en el 62, me parece.

¿Y la última es la que publicó la Contraloría General de la República?

La intermedia es la *Antología de la poesía venezolana contemporánea*, que fue publicada como en el 78, me parece. Y la tercera es el *Poema venezolano en prosa*, que salió el año antepasado, publicada por la Contraloría.

La intermedia no la conozco, pero me imagino que tiene un estudio introductorio, o una nota de presentación.

Sí, la tiene. Pero la nota de presentación más larga y más polémica, es la de *El soneto en Venezuela*.

Que es un estudio bastante orientador. Usted debe conocer los elogios que se le han hecho al libro.

Sí, ¡cómo no! Ha sido editado tres o cuatro veces. Ese libro ha sido muy manoseado en la docencia. ¿Sabes?

¿Ha sido muy utilizado para la enseñanza?

Sí, para la enseñanza. Y te cuento que el mayor éxito de ese libro, en cierto modo, ha sido el siguiente: un rato de estos me llegó, no sé dónde lo tengo, la antología del soneto chileno y me la dedica el autor a mí, diciéndome que tomó nota de mi antología del soneto venezolano.

¿El autor conocía su libro?

Sí, lo conocía. ¿Por qué hace uno antologías? Es una actividad muy simpática, en el sentido de que la antología es el testimonio de un lector determinado. Tú sabes que la vida intelectual es una máquina de preferencias, tú tienes tus autores preferidos: poetas, ensayistas, historiadores, novelistas o cuentistas. Pero a uno siempre le gustaría hacer las antologías específicas. Si aquí hubiera eso que en Europa funciona como una editorial. ¿Tú me entiendes? Donde tú llegas con un libro y te lo editan de acuerdo con un contrato, como es de suponerse, no

sé qué características tenga. Yo haría estas antologías. Una, la antología de la elegía en español, porque hay elegías sensacionales, que no han sido recogidas nunca. Otra, una antología de poemas en homenaje a César Vallejo. Otra, una antología de poemas en homenaje a García Lorca. Me gustaría hacer una antología del madrigal español; hay madrigales sensacionales. Pero resulta que eso cuesta hoy una fortuna, tendría uno que tener un patrocinador, que no existe a la vista. La antología es una actividad apasionante, aunque no es una actividad, propiamente tal, de uno. Y, además, estando la edición de libros tan cara, cómo vas a gastar una plata que no tienes, en una obra ajena. Es una cosa terrible. Yo hice una antología de la poesía contemporánea, porque me la publicó la Asociación de Escritores de Venezuela; la del soneto en Venezuela sí la publiqué yo, por supuesto, y después me la publicó la Biblioteca Popular Venezolana.

¿Esa fue la primera edición?

No, la primera edición es mía; la segunda, es la de la Biblioteca Popular Venezolana; y después, hizo otra, Monte Ávila, que es la tercera. Hay una anécdota con respecto a *El soneto en Venezuela*, que es increíble, pero ocurrió en la vida real y la recuerdo como si hubiera sido ayer, aunque de eso hace como cuarenta años. Pero eso no importa, lo que importa es lo siguiente: yo estoy en Maiquetía esperando un avión, donde llegaba mi mujer, y estoy arriba, en el segundo piso, tomando cerveza, porque había mucho calor y algo había que hacer. Y de pronto, llega el avión, que parecía ser el que esperaba, y aterrizó y todo el mundo salió en carrera por las escaleras. Y aquel gentío se dirigió hacia una cerca de alambre, que había para separar la pista del edificio, y era larga, algo así como media cuadra, o creo que más, y entonces, yo escojo, sin pensarlo, el extremo derecho de la cerca y en lo que voy llegando a la cerca, alguien, que escogió el extremo izquierdo, que me conocía, que no recuerdo quién fue, me saluda batiendo la mano y por mi nombre, y yo le correspondo, desde acá, y en lo que yo le correspondo y termino el saludo, de más o menos, la mitad de la cerca,

se desprende una muchacha preciosa, que se viene para acá y me aborda: “Perdone, señor, de manera que usted es el señor Pedro Pablo Paredes”. “Sí, señorita, mucho gusto, a la orden, ¿en qué puedo servirla?”. Y me pregunta: “¿Usted no es el autor de *El soneto en Venezuela*?”. Le respondo: “Exactamente”. Y ella dice: “Mire, yo quería conocerlo, yo tenía la curiosidad de conocerlo, porque *El soneto en Venezuela* es el libro más famoso de mi casa”. Entonces, imagínate, cómo me iría poniendo yo. Y le pregunto: “¿Dígame una cosa, señorita, le gustó mucho mi libro?”. Y me señala: “No, pues, yo no lo he leído”. Imagínate, cómo me pondría yo, ante esa respuesta. Y vuelvo a insistir: “Entonces, ¿cuál es el motivo de la fama de mi libro en su casa?”. Me dice: “Ese es el libro preferido de mi mamá”. “¡No me diga!”, le contesto yo. “De tal manera que ella sí se lo leyó”. Y agrega: “No, ella, menos”. Y entonces, le pregunto: “¿A qué se debe la importancia de mi libro en su casa?”. Y me cuenta lo siguiente: “Resulta que mi papá regresa en la noche fatigado, llega, come alguna cosa, se da un baño, se tira a dormir como un tronco, cuelga el saco en el clavo y, entonces, cuando él se duerme, mi mamá se levanta, en punta de pies, le registra los bolsillos y todo billete de 100 bolívares que le encuentra, lo coge y lo guarda en *El soneto en Venezuela* y lo pone ahí”. Mire, esta es una anécdota que parece inventada, pero que sucedió, exactamente, igual, en Maiquetía.

¡Es una anécdota singular!

Sí, es una anécdota muy buena. En fin. ¿Sabes? Tengo una ilusión, difícilmente realizable, por supuesto, yo, entre mis libros, quiero mucho nueve. ¿Tú conoces la colección *Candideces* de Luis Beltrán Guerrero?

Sí, la he consultado.

Ahí la tengo, me faltan como dos tomos. Es como la colección *Ráfagas* de Mons. Sánchez Espejo, son muy parecidas. A mí me gustaría hacer diez tomos, con los libros que yo quisiera reeditar por mi cuenta, para hacer una colección. Pero eso vale hoy medio millón de bolívares, por lo menos. En una edición limitada de 500 ejemplares por cabeza.

Ojalá se pudiera sacar adelante esta iniciativa y completarla con otros volúmenes en los que se recopilen sus artículos publicados en la prensa.

Sí, eso sería muy bueno. Mira, ¿tú leíste mi artículo de año nuevo?

No.

¿Quieres leerlo?

Bueno.

Tengo aquí la copia. Te lo digo con mucha emoción, porque creo que me quedó bien. Se titula “Cambio de aventura”. Yo hago una columna, como has visto, los sábados. Esto salió el sábado pasado.

¿Y qué me puede decir en cuanto a su estilo?

Una de las asociaciones que me han hecho a mí, en artículos críticos, es que yo sigo muy de cerca a Azorín, en el estilo, bueno, eso me parece que es cierto, por supuesto, pero eso, en mí, es un poco natural, así como hay gentes de período largo, oratorio; hay otras de período periodístico, que se llama así, que es el que a mí me gusta más, porque es más claro, para los efectos del lector y desde luego para los efectos del escritor. El estilo oratorio es un poco cansón y tiende a no ser claro, a menos que el escritor tenga mucho cuidado.

¿Usted dice que el estilo suyo es un tanto periodístico?

El estilo ha tenido muchos problemas en las teorías literarias, la clasificación de los estilos es un lío del que no se sale nunca. Pero se ha llegado a la conclusión de que no hay, sino dos maneras de expresarse, tal vez, tres. La manera oratoria, tipo Sánchez Espejo, en que tú lees un artículo de Sánchez Espejo y es como si él, te estuviera hablando. ¿Tú me entiendes? Es el período oratorio. Luego, el período periodístico, que es un estilo que va directamente al hecho, a la cosa, en frases cortas. ¿Qué se yo? Y puede haber, tal vez, un período intermedio, como el de Ortega y Gasset, por ejemplo.

El estilo suyo es un tanto coloquial...

Mire, hay una cosa curiosa, lo que no es oratorio es coloquial. ¿Verdad que sí?

Los críticos que han reflexionado sobre esto dicen que son muy raros los escritores que escriben como hablan. Ahora a mí me ocurre algo muy curioso con lo que usted escribe, porque cuando uno lo lee, es como si uno estuviera escuchándolo, por su estilo peculiar.

Una experiencia mía, reiterada, con desconocidos, es que de pronto hay la presentación: “Hombre: ¿Usted es Pedro Pablo Paredes?”. “Pues, sí, a la orden”. Y comenzamos a hablar y la primera observación que me hacen es: “Pero, usted habla, lo mismo que como escribe”. Me lo han dicho muchos. Dicen, los que saben, que un ideal de la literatura es que el escritor escriba como habla, que no siempre se logra. Yo no hice ningún esfuerzo en eso, eso es un poco natural en mí.

¡Es algo espontáneo!

Sí, espontáneo. Los muchachos, los que han sido alumnos míos, a veces hacían chistes sobre mí, en dos sentidos. En el sentido del tono y en el sentido de la frase corta. Por ejemplo, Antonio Mora me imita muy bien en el sentido del tono. Son cosas que pasan. “El estilo es el hombre”, dijo alguien.

Aunque hay gente que también escribe de una manera y no se parece en nada a como habla. ¿No se ha fijado?

Sí, ¡cómo no!

Así como hay autores que escriben obras farragosas y hablando son muy breves.

Sí, es cierto. En eso hay mucho paño para cortar.